

# El "paso español": Arafat y Suárez

**EDUARDO HARO TECGLÉN**

**A**RAFAT, representante máximo de la Organización de Liberación de Palestina, ha tenido en España una recepción equivalente a la de un jefe de Gobierno, en medio de una pequeña tempestad, quizá más controlada de lo que parece, en el interior y en el exterior. El acontecimiento tiene dos aspectos concomitantes: uno, el que se refiere a la política exterior española; otro, el ascenso rápido de la OLP en el campo de las relaciones internacionales: la visita a España y su espectáculo son un paso considerable en ese progreso.

A la política exterior española le está faltando una explicación amplia y profunda. Como, en general, a todos los actos del Gobierno. No por falta de palabras, que los ministros y sus portavoces suelen utilizar con mucha abundancia, sino porque esas palabras no descubren nunca hechos concretos, tendencias, proyectos. La excepcionalidad de la recepción a Yasser Arafat no es un caso aislado. Es, o parece ser, la continuación de una política de aproximación, siempre con espectáculo —es decir, de una manera más visible que los contactos diplomáticos normales—, a los países del Tercer Mundo. Sin rehuir los extremos, a lo que se considera como extremos por el conservadurismo oficial de Occidente: Castro y Arafat. Sin hurtar el compromiso del propio presidente del Gobierno, visitante de Suárez y receptor de Arafat: el propio Suárez que visitó Argelia y tuvo su contacto —"de partido a partido"— con el Frente Polisario. Hay, al mismo tiempo, otras aproximaciones más sencillas o más comprometidas: las formas de ayuda y contactos directos con Nicaragua, la

acción en Guinea Ecuatorial, la relación con el Pacto Andino. Y la presencia en la Conferencia de No Alineados de La Habana, con la matización de cualidad de "nación invitada". Todo esto conduce a algo. Desde luego, arrebatada temas —internacionales— a la izquierda. Y aterroriza a la derecha; o sirve a la derecha como base para su permanente campaña antigubernamental. El control de esta tempestad parece que está garantizado. La sorprendente actitud del señor Fraga Iribarne es muy característica. Se niega a entrevistarse con Arafat y pronuncia uno de sus famosos exabruptos, fruto de su brusquedad, de su política temperamental —"talante", gustaba de decir—: "Me sublevo ante su presencia en nuestro país, que ya sufre bastante con su propio terrorismo para importar oficialmente otro". Mientras las abundantes sublevaciones del señor Fraga sean verbales, pase. Pero al mismo tiempo matiza que su partido "está de acuerdo con una política de amistad con los países árabes y defiende el cumplimiento de las resoluciones de las Naciones Unidas para resolver el conflicto palestino"; la realidad es que el cumplimiento de las resoluciones de la ONU y la amistad con los países árabes pasan hoy, inevitablemente, por Arafat. La "confusión" de esta visita "incumbe únicamente al Gobierno de UCD". Lo característico de estas declaraciones es que la derecha, aun tan colaborante con el Gobierno como lo es Coalición Democrática, deja que las manos sucias —desde su óptica— de una política que aprovechan y de la que se benefician sean las de UCD. Todos los argumentos generales de la derecha, aparte de la malévolta necedad de



complicar a Arafat con la representación del terrorismo, se centran en lo que se considera un despegue de la política de Occidente. Léase de Estados Unidos. Es el Gobierno de los Estados Unidos el que conduce directamente la política de hostilidad abierta contra Arafat y la OLP, contra Fidel Castro y Cuba. Insistentemente, los representantes de la política exterior española —entre ellos el ministro de Asuntos Exteriores, Marcelino Oreja— repiten que la vocación occidentalista de España y su amistad con los Estados Unidos no varían; incluso dejan traslucir que el tema de la OTAN está más o menos decidido. Hay bastantes razones para creer que es así, aunque convenga insistir en que el tema de la OTAN no puede pasar con tanta facilidad. Hay razones especulativas para creer que toda esta acción de España aproximándose al Tercer Mundo debe estar incluida en una política general de Occidente. La idea de que España se aparta de los Estados Unidos es descabellada, entre otras cosas porque no puede. Nadie puede hacerlo en el grupo de países en el que España está incluida: y si no perte-

necé a la OTAN, los acuerdos militares con los Estados Unidos, y sus contrapartidas económicas, son prácticamente tan fuertes como la pertenencia al bloque armado. Puede que estemos dentro de una operación de mucha mayor envergadura entre Occidente y el Tercer Mundo, y que España esté representando un determinado papel que la beneficie a ella y que beneficie al "mundo" en el que está incluida. Con una ilusión que sin duda alberga el presidente Suárez —de quien la croniquilla política dice que está llevando personalmente la política exterior—: la de creador de puentes, la de buscador de soluciones. La de buscar un mejor entendimiento entre esos países de punta del revolucionarismo del Tercer Mundo y las organizaciones internacionales y europeas.

Porque —y ese es el segundo aspecto de la cuestión— la OLP tiene hoy más fuerza que nunca en el mundo. Han ocurrido algunos acontecimientos que le han dado esa fuerza. Uno, primordial, es el manejo del petróleo como arma. Podemos convenir sin más análisis en que el juego escasez-